

Poe. Edgar Allan Poe, poeta americano. Georges Walter, traducción de Alberto Clavería, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1995, 580 pp.

Se conocen unas cincuenta biografías de Poe. Walter, buen sabedor del dato, ha decidido hacer una *enquête*, que así se subtitula este libro en su original francés. Hace una encuesta en busca de Poe, convocando a las numerosas voces que interpelan a su fantasma y a las que interpellaron a su persona. A pesar de la longitud del libro y de la acumulación de documentos, la fluidez de la narración, la alternancia de tiempos (el cuento empieza con la muerte enigmática del escritor y está mechado de escenas presentes, en que Walter recorre lugares poeianos y sus propios territorios mentales) hacen de la lectura algo movido y placentero, como no lo fue la vida de Poe, inmovilizado por su relación con la muerte y atenaceado por dolores mentales y físicos incesantes.

Walter, además, intenta despejar algunas leyendas francesas sobre el poeta americano. Su especial fobia se dirige contra Marie Bonaparte y su dura lectura freudiana, pero también contra la fábula del escritor maldito, mártir laico y apóstol de la religión del arte en medio de una sociedad fenicia, erigida por la admiración ilustre de Baudelaire y Mallarmé. En efecto, éstos universalizaron a Poe desde París, pero con un empeño por desamericanizarlo que lo cubrió con la propia fantasía malditista de los escritores franceses.

Más bien, Walter suscribe la versión Valéry del poeta-filósofo de *Eureka*, aficionado al pitagorismo, a Plotino y a la herencia neoplatónica que desagua en el simbolismo. Valéry, enterado en ciencias físicas y matemáticas, hace justicia a las anticipaciones de Poe, tomadas a broma por los duros positivistas de su tiempo.

El Poe de Walter tiene poco de maldito. Es alcohólico, pero no a tiempo completo; toma láudano, pero no se droga; vive pobremente porque resulta incapaz de ganarse la vida y prefiere deambular por casas ajenas y ejercer de huérfano menesteroso. Su literatura es un ejemplo de sobriedad, en todos los sentidos de la palabra: contracción del lenguaje y lucidez expresiva y constructiva. Hasta su relación con la muerte es la de un lúcido suicida, que se sabe superviviente mientras la

escritura sea capaz de alejar el momento final. Poe no fue un incomprendido ni un perseguido. Se lo reconoció tempranamente como el más importante escritor americano de su tiempo y alcanzó a conocer su fama europea. Sus lecturas contaban con el apoyo de la buena sociedad y sus libros se reseñaban y vendían en la misma medida en que los escritos por otros grandes nombres de su país. Fue polémico y querulante, pero también lo fueron los escritores norteamericanos de la época. Se enfrentó con el puritanismo y la calumnia, pero no como un *outsider*, sino como un caballero del sur, aristocrático, antipolítico, y, por ello, escasamente democrático y nada progresista.

Hijo de un actor alcohólico y de una actriz tuberculosa, huérfano recogido por un matrimonio que gastó grandes sumas en su educación pero no lo quiso, Poe halló en su tía María Cremm a una madre sustituta, y en su prima Virginia, a la esposa-niña (y tal vez virgen) que lo fascinaba como sustituta de una hermanita subnormal, perpetua nena. Rechazó a su familia adoptiva porque ésta pretendía obligarlo a madurar, hacerlo militar u hombre de negocios. Él prefirió conservar la infancia creadora de países de Jauja y reinos del terror, y fue siempre un niño pedigüeño, desastrado y encantador. A ello hay que agregar el detalle de su inmenso talento y de su capacidad fabuladora, que lo llevó a concebir el universo como el poema de Dios, creación desde la nada y vocada a la nada: destinada, por hacer un gálico juego, ya que estamos cerca de Francia.

Walter tiene la virtud de despejar la atmósfera en torno a Poe, dejándonos a solas con el personaje y con una obra que, examinada con minucia y agudeza, dibuja el retrato imaginario del escritor y se desprende de él, como el universo se desprende de Dios: como un poema cósmico.

Ficciones de una crisis. Poética e interpretación en Borges, José M. Cuesta Abad, Gredos, Madrid, 1995, 270 pp.

Borges, entre sus varias paradojas, ilustró la de ser un hombre desdeñoso del presente y alérgico a la novedad, a la vez que un innovador que propuso un ejercicio de

originalidad a partir de la repetición, el apócrifo y la glosa, puntual o falsa. De todo este corpus de intuiciones premodernas que conducen a la postmodernidad, Cuesta extrae algunas categorías que acreditan la actualidad de este escritor fugitivo de toda actualidad.

El lenguaje, según propone Borges, es una sustancia llena de huecos e intersticios, por los que unos textos se conectan con otros, proponiendo una suerte de universo de discursos, fragmentario y total, a la vez. Por ello, no caben fronteras de género y así es como Borges hace de la metafísica una provincia de la literatura fantástica, de Dios un mito poético y de todo saber, un consuelo contra la ignorancia fundamental y final del hombre, un apasionado entretenimiento para nihilistas. Todo escrito es bello o feo, fascinante o hastioso, ya que nunca es verdadero o falso. De ahí el predominio de la literatura como búsqueda de eficacias verbales, sobre cualquier otra deuda del lenguaje con el mundo exterior.

Cuesta recorre a Borges como un escritor ya muy leído, quedándose en detalles poco frecuentados, a los que aplica un instrumento cognoscitivo entrenado y erudito. Sabe que, borgeamente, tampoco hay un Borges definitivo y verdadero. Por ello, siempre cabe continuar el inventario del universo que aparece en el Aleph y que incluye al Aleph y al universo.

Conversaciones sobre Borges, Carlos Cañeque, Destino, Barcelona, 1995, 394 pp.

Borges hizo de la conversación desgrabada, un género tardío, brillante y equívoco. Él, que tanto defendió la autonomía de lo escrito, no pudo sustraerse a la devoción incorregible de los informadores. A veces, lo interrogaban con esmero. Otras, se valían de su ilustre y ciega sombra para aparecer en público.

Cañeque ha hecho una glosa de aquella coloquialidad borgiana, reuniendo a algunos especialistas (Emir Rodríguez Monegal, Jaime Alazraki, Ion Agheana), a un par de lectores apasionados (Fernando Savater, Guido Castillo), a un obseso (Harold Bloom) y a una viuda (María Kodama).

El resultado es una miscelánea oral sobre uno de los escritores más «escritos» de nuestra lengua. Los diálo-

gos más extensos (con Agheana y Castillo) valen por unos ensayos monográficos a dos voces y así se los presenta. Experiencias personales de lectura aparecen en lo que Savater cuenta acerca de su *desiderátum* de escritor adulto: Borges. Kodama aporta datos interesantes sobre la cotidianeidad del escritor y su método de escritura en tiempos de ceguera. Bloom habla de sí mismo y de cuánto le importa ser judío y hallar judaísmo doquiera pose su mirada. Alazraki repasa, al compás de exámenes sucesivos de la obra borgiana, las vicisitudes de la crítica contemporánea. Monegal reordena los clásicos tópicos borgianos (ficción y realidad, identidad y heroísmo, especularidad, alcance y pureza de la palabra, etc.) a la luz de sus propios estudios.

Borges nos propuso una tarea incesante, imposible e impostergable: enunciar el universo. Estas voces que siguen completando el infinito elenco universal, acreditan que sus insinuaciones ganan validez con los años.

José Martí/el alma alerta, Ángel Esteban, Comares, Granada, 1995, 255 pp.

El modernismo, Martí, las lecturas comparadas o comparatistas (con Juan Ramón, con Unamuno, etc.) son temas muy trabajados por la crítica. De tal modo, al abordarlos por enésima vez, el autor se hace cargo del estado de la cuestión y aporta sus elementos de novedad, discordia o matización. Para ello se vale de una bibliografía extensa y cuidadosa, donde se advierte la importancia de Martí en el panorama de la renovación literaria y lingüística que se produce en nuestras literaturas y nuestra lengua durante el último cuarto del siglo XIX, a contar desde figuras americanas como Nájera, Casal, Martí y el insoslayable y señero Rubén Darío.

Martí dejó una obra extensa, una vida breve, una relación contradictoria con la cultura española, un intento de situación política, una trayectoria de mártir cristiano, una muerte discutida y con detalles sórdidos, un culto a la palabra eterna que sobrevuela el tiempo y, a la vez, un trabajo de cronista apegado al hecho cotidiano y a la historia que pasa y no vuelve. Este complejo de herencias obliga a desbrozar diversas materias y variados asuntos al entrar en el corpus martiano.

El modernismo y su aspecto religioso, la resituación del movimiento en los críticos posteriores, la literatura educativa, el compromiso político y las letras, los matices sacrificiales en la narrativa de Martí, son algunos de los intereses que han guiado a Esteban en sus recorridos por el universo del escritor cubano. Una bibliografía extensa y razonada completa la reunión de estas lecturas.

Baniano, Leopoldo Castilla, Verbum, Madrid, 1995, 97 pp.

En su ya larga carrera de poeta, con casi treinta años de publicaciones, Leopoldo Castilla (Salta, Argentina, 1947) ha construido un personaje que va diciendo sus poemas y que lo va diciendo, eso que con pedantería cancillerescas suele llamarse hablante lírico. Este personaje es un viajero sin origen y sin meta, que evita las complacencias de la melancolía y el exilio, y cuyo lugar en el mundo es el presente como desaparición.

Tal espectáculo, repetido pero variado, se va desplegando por el mundo y recoge la variedad matérica de las cosas y las gentes, los climas, las atmósferas, lo húmedo y lo seco, lo caliente y lo frío, lo duro y lo blando de la aparición y desaparición de todo. Al poeta le queda la sospecha, inconfirmada por su incredulidad, de que en el lenguaje, que vuelve y permanece, hay algo sagrado. *¿Hay un sitio / donde se unan lo sagrado y el cuerpo / que no sea en el asombro / de ir desapareciendo?*

Aparentemente, este libro cuenta un recorrido por el Sudeste del Asia y por la India. Animales y plantas sorprendentes, hombres y mujeres similares a otros hombres y otras mujeres, templos donde se adora a divinidades increíbles, sirven de fondo a esa palpitación mortífera y gozosa del mundo que se deshace y se recompone a cada instante, como la materia orgánica muerta en clima caluroso. El lenguaje con que el poeta va desgranando su estupor ante el pasaje de todo por el tiempo, es muy concentrado y paradójico, pero apenas conceptual. La diversidad de las cosas quiere encontrar un equivalente de diversidad en las palabras, en el léxico y en las imágenes que movilizan los poemas, sobre todo.

Argentino de origen, afincado en España en los últimos veinte años, Castilla va más allá del destierro, hacia el

arraigo contradictorio en el gran exilio de la vida, y encarga de tan sostenida y confidencial tarea, a la poesía.

Historia portátil de la poesía colombiana (1880-1995), Juan Gustavo Cobo Borda, TM Ediciones, Bogotá, 1995, 315 pp.

Poesía y violencia son dos realidades colombianas que no acaban de asumirse en Colombia, sostiene Cobo Borda al reeditar esta antología portátil. Quizá por ello se conozca poco la producción poética del país en el exterior y tampoco se vean claras las tramas que llevan a la convivencia violenta de los colombianos.

Para reparar estos claros, Cobo examina la trayectoria de esta especialidad desde el premodernismo de Asunción Silva hasta la década de 1970, pasando por Valencia, Barba-Jacob, Greiff, Carranza, la revista *Mito* y el nadaísmo, entre otros nombres y tendencias. Para portátil, muy bien surtido el panorama.

Manuel Puig, del pop a la extrañeza, Roxana Páez, Almagesto, Buenos Aires, 1995, 171 pp.

La obra de Puig se encuadró fácilmente en la recuperación *camp* de los años sesenta: un escritor cita el mal gusto entre comillas, conoce las claves de la cursilería que sus personajes practican e ignoran. Por debajo de esta complacencia nostálgica por el *Kitsch* del pasado, que se torna canónico y museal, hay en Puig una investigación poética del inconsciente, a través del significante fálico que reescriben el habla cotidiana, el cine y el folletín radial.

Esta doble vertiente inquieta las investigaciones de Páez, que llegan a los testimonios personales del escritor, pues la autora entiende que el fenómeno Puig no puede prescindir del personaje extralibresco que se identifica como Manuel Puig. Hasta hay quien lo convierte en divinidad o, al menos, héroe de la literatura argentina, que escora el equilibrio Borges-Arlt en favor de este último.

Por su acopio razonado de información, su minucia en la lectura y la precisión de sus códigos, este ensayo enriquece la mejor línea de la crítica puiguiana.